

África

El apretón de la soga casi me parte en dos, deteniendo mi caída hacia las nubes.

Me despierto con un grito, transpirado por el agua de la cascada ¡Uf! Sólo ha sido un mal sueño, me reconforto mirando alrededor mi viejo dormitorio. Al bajar la vista, reconozco desparramado en el suelo desde mi mano dormida, al causante de mis oníricos pesares: los relatos de un cazador que recorre los caminos de Burton y Speke, cuando buscaban el origen del Nilo llegando al lago Victoria.

En fin, esta vez sí apago la luz, me arropo y lentamente me duermo, regreso...

Salgo del trance de monotonía sorprendido por el bache que ha debido cruzar el camioncito. Somnoliento recorro las caras de mis amigos; dos aun logran dormir y los demás se están riendo, supongo que de mis ojos enrojecidos por el sueño.

Miro mis palmas blancas e intento preguntar algo, pero lo olvido. Me siento cómodo con ellos, todos somos shonas, del mismo color chocolate que nos distingue de otras tribus. Les pregunto hacia dónde vamos como mordiendo las palabras, me siento extraño con este lenguaje que sin embargo es el de siempre. Mosi-oa-Tunya, el humo que truena, me contestan señalando el frente del camioncito. Me incorporo y miro por sobre la cabina. Me sobrecoge, soy minúsculo. Aunque me lo describieron no puedo abarcar toda la escena. Es una nube enorme que se alza desde el suelo y que a veces se confunde con las del cielo. Siento el tronar ominoso, cada vez más cerca que va empalideciendo el ruido del motor. Con razón los blancos pagan fortunas para verlas; ellos las llaman cataratas Victoria. Todos somos empleados del parque nacional Dzimba dzamabwe, Zimbabue, Casa de Piedra; un trabajo nada especial, limpieza y mantenimiento mayormente.

Hace calor a mediados de abril, la época de lluvias ya alcanza su cenit y el río Zambeze ha crecido casi diez veces desbordando goloso sus orillas y ensanchando la catarata a su máxima amplitud. Un derroche natural incomparable que deberá ser purgado cruelmente mediante la terrible sequía de la época seca. Sé que a su vera pastan los hipopótamos y asechan sigilosos los cocodrilos, molestados por inmutables garzas y pelícanos. Al pasar por algunos claros creo divisar entre los árboles mopane la sombra enorme de algún elefante. Los impalas insisten en atravesarse en nuestro camino y las cebras ocupadas en comerse la sabana, nos saludan con sus extraños relinchos.

Creo que estamos más cerca, hemos perdido toda referencia de tamaño. Al ser un parque protegido y con tanta humedad, los árboles de mopane

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

